

Los caminos de la Literatura Latinoamericana y el compromiso del escritor



Los intelectuales siempre son la conciencia crítica de su sociedad. Les guste o no, y lo son también los que se ocupan sólo de asuntos privados, los que se declaran «apolíticos» y los que «no se meten» con los dramas sociales. Y es que cuando cualquier ciudadano opina lo hace desde sus impulsos, sus deseos y sus frustraciones, pero cuando lo hace un intelectual, es diferente. Porque un intelectual es como un actor que aprendió su texto: ha masticado lo que va a decir. No improvisa, ni siquiera cuando se lanza a improvisar. Y es por eso que la conciencia colectiva respeta a los intelectuales, aunque los critique y aparentemente los menosprecie.

Los intelectuales, que trabajan con su pensamiento y cuyo pensamiento es su obra y es su vida, siempre están representando las partes inconscientes de toda sociedad. El inconsciente colectivo se expresa en el arte, en las obras de creación. Y la aprobación o reprobación es la respuesta de cada sociedad a lo que hacen sus intelectuales. Y esta respuesta también indica el grado de civilización de esa sociedad.

En el mundo paradójico de hoy algunos intelectuales ocupan espacios, pero la mayoría no. A mí me encanta ver a los intelectuales proclamando que las utopías son posibles; que es posible por lo menos pensar un mundo

mejor; que el mundo de la destrucción, la insolidaridad y el egoísmo es horroroso. Toda sociedad necesita que sus intelectuales hablen, digan cosas, pongan la cara y el cuerpo aunque se equivoquen. Porque eso es lo que se espera de los que trabajan en la cultura; y porque desinteresarse de lo que pasa en la realidad cotidiana de nuestros pueblos es, hoy por lo menos, una insensibilidad.

Toda sociedad necesita que la gente se ocupe de pensar lo que le pasa a la gente. No sólo se trata de ser hombres de letras —como decía el poeta Homero Manzi—, sino de hacer letras para los hombres y las mujeres de nuestro tiempo. Por eso duele el ruidoso silencio de algunos intelectuales.

Hace años, cuando toda la literatura latinoamericana discutía el tema del compromiso del escritor siguiendo las ideas de Jean-Paul Sartre, muchos lo interpretaron como excusa para discutir el protagonismo social y las perspectivas de una revolución que entonces, en los sesenta y setenta, parecía posible e inmediata. Recordemos aquellas obras del llamado realismo social. Y los debates cuando el caso Padilla, en Cuba. Y a Julio Cortázar cuando intentaba demostrar que podía hacer política sin traicionar al arte. Más que una moda era la necesidad de aquella época. ¿Cómo no empeñarse en cultivar la convergencia del discurso político-ideológico con el literario, si todos lo hacían? Paz, Fuentes, Vargas Llosa, García Márquez lo hacían, como antes lo hicieron Bulgákov, Brecht o Neruda. Y como incluso últimamente en Europa lo están haciendo Naipaul, Kundera o Rushdie.

Es natural que ahora desechemos los productos bastardos de aquella corriente. Porque al amparo de la llamada «literatura comprometida» en los sesenta y setenta surgió un producto deleznable: la escritura panfletaria. Su resultado fue nefasto: se desdeñó a escritores como

Borges, Arciniegas o Mallea; se escribieron estupideces dogmáticas; se maltrató a la literatura con lecturas sectarias. Los «comprometidos» hicieron de las suyas, protegidos y alentados por mañosos y dogmáticos (que nunca faltan en las letras latinoamericanas). Y así las ideas sobre el compromiso de los escritores y la llamada literatura comprometida, acabaron siendo reiterativas en el discurso.

Todo esto ya no sirve, en la actual etapa de recuperación democrática. Hoy, creo, hemos aprendido que aun con todas las fallas que tiene, la llamada «democracia formal» sigue siendo el mejor ámbito para la creación artística. Hoy sabemos que son *precisamente las formas* las que hacen a la esencia de la democracia; es el cuidado de las formas lo que abre y ensancha espacios a la vida republicana que necesitamos en estos tiempos para que ya no se mate a la gente, no haya censura y el disenso sea estímulo y no represión. Ahora ya sabemos que en el arte las ideas política y socialmente más eficaces son aquellas que de ninguna manera se propusieron esa eficacia; y que cuando el objetivo del arte es lograr un impacto político, ideológico o social, empieza la muerte del arte.


Todo escritor conoce aquella idea de que el primer compromiso del artista es con su obra. Pero hoy, viendo la Argentina actual, y viendo Brasil, y todo nuestro adolorido continente, sobreviviendo como sobrevivimos a las políticas de ajuste, ese compromiso primero y excluyente no deja de producirme una cierta rebelión interna. Está muy bien que el primer compromiso sea con la obra, pero yo me pregunto: ¿qué obra produce el artista que es capaz de eludir un pronunciamiento sobre las miserias que definen el actual curso político, ideológico o social de nuestros países?

No le digo a nadie lo que debe escribir, ni lo que debe pensar. Pero no puedo dejar de tener opiniones

frente a tanta mentira institucionalizada, a tanta insensibilidad social y confieso la rabia que me producen el fervor deportivo de nuestros presidentes, la frivolidad, la estupidez y el grado de ignorancia de la mayoría de nuestras clases dirigentes, tan irresponsables que están consiguiendo que las gentes simples hoy sientan insólitas nostalgias de los dictadores de hace unos años. Me resulta muy difícil permanecer en silencio, y francamente hay silencios que repugnan.

Por eso hablar de los caminos de la literatura latinoamericana hoy impone hablar de la responsabilidad del artista. Y el devenir estético de los próximos años creo que tendrá que ver con este asunto. ¿Cuál es el camino, entonces, para que la imaginación siga siendo nuestro norte, nuestro único destino posible? Todos sabemos la respuesta a esta pregunta: leer mucho y escribir. Seguir escribiendo, sumergidos en la desesperación de nunca saber si estamos en el camino correcto. Y realizar el más bello acto de amor en la literatura, que es el encuentro del escritor con el lector en las páginas de un libro.

Pero la literatura no está para dar respuestas. La literatura no sirve para nada ni tiene por qué servir para nada. No debe esperarse de ella, ni de nosotros los escritores, utilidad alguna. ¿Por qué escribimos? Porque no queremos, no podemos o no sabemos hacer otra cosa. ¿Para qué escribimos? Yo creo que para saber por qué escribimos. Nos estamos haciendo siempre las mismas preguntas, consciente o inconscientemente. Compartimos nuestra duda con el lector, y él, que siempre es amable, nos lo permite generosamente.

 El escritor, en esencia, es un irresponsable. Nunca debe estar tan comprometido como quería Sartre, pues si así estuviera no podría escribir. El escritor es un irresponsable, y yo no creo que eso esté mal. Al compromi-

so hoy habría que reformularlo con base en una idea del gran ficcionista de Guatemala, Augusto Monterroso: aparte de los compromisos que uno tiene como persona, el único y gran compromiso que un escritor debe tener es el de no publicar cosas mal escritas. No hay otra posibilidad, porque toda responsabilidad en el acto de crear, durante la creación, lo maniat. La responsabilidad y el compromiso dificultan la creación. Hacen perder libertad. La condicionan. Y todos aquí sabemos que la escritura que nace condicionada es una mala escritura, una escritura pobre. De manera que el hecho mismo de escribir debería ser pensado como un acto de irresponsabilidad.

Concepto

Me interesa mucho este concepto de responsabilidad, más que el de compromiso. Porque lo que importa es que uno, en tanto intelectual, se haga cargo de lo que escribe y también de cómo vive lo que pasa en su sociedad. Uno también es un ciudadano. Aun el que elige no ocuparse del compromiso con la realidad, o quien elige como materia lo que está alejado de «lo que pasa», debería ser consciente de lo que hace. A posteriori, claro, para no condicionar el surgimiento de la obra. Pero es bueno saber que incluso el escritor más descomprometido es una persona que juega un rol ante los demás.

La literatura no sirve ni da respuestas, pero el público siempre espera respuestas. Hay una especie de convención interna en toda obra que hace que el que escribe dé por sentado que su texto algo modificará, y en el lector hay igual expectativa. Y sucede, en efecto: no somos los mismos después de leer *Rayuela*, después de *Doña Flor*, después de *Pedro Páramo*.

El compromiso es un asunto *demodée*, pero no por eso deja de tener cierta vigencia. No por las estupideces que se cometieron en nombre de la literatura compro-

metida dejará de existir un vínculo entre lo escrito y lo vivido. Aun el escritor que hace ciencia-ficción, el que escribe textos eróticos, el autor de novelas de amor o de misterio, incluye una visión del mundo. La suya. Y nunca es una visión inocente. En ningún caso. Y es que el escritor es un ciudadano que vive en este mundo. No es verdad que esté «en otro mundo». Y entonces, *debe ser* irresponsable cuando crea, para que estalle su locura interior. Pero también me parece que *debe ser* responsable ante los demás, como persona, como ciudadano de este continente arrasado y violado, por lo que hace y lo que escribe.

El camino del escritor latinoamericano, entonces, para mí sigue pasando por defender la locura. Cultivar la locura, recomendaba Henry Miller. Y me parece un gran camino: Cervantes estaba loco, y Rabelais también. El mismo Dante tuvo que ser muy loco para meterse con la irracionalidad florentina del 1300. Desde antes de Erasmo de Rotterdam el mundo ya se interroga sobre la locura. Cada escritor que se pregunta lo que no comprende, lo que no sabe, lo que duda, cada escritor que cuestiona su propio infierno nos cuestiona a todos. Eso decía Quevedo. Pero a la vez, y por eso mismo, es legítimo que cada uno que se interroga invente sus propias respuestas coyunturales, incapaces de universalidad e intransferibles, pero útiles para sí y para su momento.

Nuestra narrativa está viva, como un hierro candente en la forja, y por eso tiene variaciones de temperatura tan fuertes. Es una literatura que se escribe en democracia pero en sociedades todavía autoritarias, enfermas de autoritarismo y de machismo y de racismo. Productos de la ignorancia, los prejuicios, y tantos años de represión. Sin duda que muchas cosas han cambiado en este continente —reglas jurídicas, normas de convivencia,

conductas individuales y sociales— pero todavía es difícil distinguir qué es exactamente lo que cambió. Siempre digo que así como en estos últimos años estuvimos leyendo la novela de la dictadura, ahora se supone que debiéramos empezar a leer la novela de la democracia. Pero sucede que la crisis social, económica y cultural dificulta toda aproximación serena. Ni siquiera es suficiente la palabra crisis; al menos en mi país hoy hay que hablar de destrucción. En Argentina no estamos viviendo una decadencia; estamos viviendo una posguerra cultural. Y posguerra en la que los derrotados fuimos nosotros, los intelectuales. En la revista que edito en Buenos Aires venimos advirtiendo desde hace unos años que los daños que producen las dictaduras en materia cultural jamás se advierten durante su gestación; sólo se hacen evidentes cuando la dictadura ha pasado. Y por eso son daños perversos: porque hacen creer a mucha gente incauta que la perversión cultural que se está viviendo es producto de la democracia y no de la dictadura que la engendró.

La mirada moderna, la que tenemos nosotros en esta esquina de la historia que nos toca protagonizar, nos ofrece un novedoso repertorio de paradojas, de pesadillas. Si ayer nomás era el tema de la violencia, hoy es el de la memoria; si ayer eran los exilios interior o exterior, ahora es el vértigo y el asco que nos produce el horror en la propia casa; si ayer era la represión brutal que padecíamos, hoy la represión es parte de nuestro naturalismo. Si ayer nos censuraban, hoy también, pero de maneras mucho más sutiles. Bien ha dicho Monterroso que «en el mundo moderno los pobres son cada vez más pobres, los ricos más inteligentes, y los policías más numerosos».

En el arte no puede haber concesiones. Donde uno se perdona una pequeñez se inicia el camino hacia la mediocridad. Podrá ser una mediocridad vistosa, halagado-

ra, glamorosa y llena de encantos, pero no dejará de ser mediocridad. Esto pasa en el periodismo, la política y la cultura. Herencia del pasado reciente o lastre de los colonizadores, lo cierto es que cada vez abundan más los argumentos que disculpan la corrupción. Y por eso mismo hay que ser más agudo y exigente. Para no conceder nada, pero no desde una perspectiva ideológica, ni por ningún principismo, sino por reivindicar a rajacinchá una actitud ética, una moral interna en cada obra. No hay obra moral de autores inmorales. *No hay estética realmente valiosa que provenga de autores carentes de moralidad y rigor creativo. No hay belleza en la ignorancia, y por eso la cultura popular debe tener un altísimo sentido estético para que su ética sea valiosa. Porque el arte no es solamente imaginación.* Es también una responsabilidad aunque provenga de actos locos de artistas irresponsables.

En definitiva, lo que distingue al escritor de una época del escritor de otra época es que su mirada sobre el mundo va cambiando porque cambia el mundo. Y como cada escritor escribe para los lectores de su época, y se nutre de lo que pasa en su época, y hasta los fantasmas interiores que lo acosan son los fantasmas de su época, entonces nuestro camino debe ser —si me permiten afirmarlo— el de tener los ojos bien abiertos y no hacernos los distraídos.

Esto que digo no pretende ser una defensa del realismo. De ninguna manera. Ni realismo mágico, ni maravilloso, ni delirante, ni crítico, ni poético. Lo real no es otra cosa que un material plástico con el que cada día vamos a ver qué hacemos. Como a una plastilina, podemos modelarla cada día, modificarla, estirla, y nada de eso cambiará al mundo. A lo sumo cambiará nuestra vida, y en el mejor de los casos podrá ejercer alguna influencia sobre la vida de algunos de nuestros lectores. Y

del mismo modo, tampoco creo que el camino que haya que seguir sea el de la llamada literatura fantástica. Porque, para mí, toda la literatura es fantástica. En sí mismo, el hecho de escribir es fantástico. Y todo texto que creamos, el mejor o el peor, siempre es fantástico. Hacer literatura es siempre una aventura fantástica.

Por eso hablo de la mirada, de la visión singular sobre el asunto universal que es nuestra vida, en este mundo, en este tiempo. Mirada sobre la violencia, sobre los contextos, sobre los antecedentes (individuales, sociales, políticos), sobre el misticismo imperante, sobre la irracionalidad y el pensamiento mágico. Sobre la estupidez humana, ese noble material literario que nos enseñaron Jonathan Swift, Saki, Groucho Marx y tantos más. Mirada sobre nuestros jóvenes, nuestros chicos y chicas que en estos años se asoman a la más extraordinaria incultura literaria. Mirada sobre la soledad, la insolidaridad, el pensamiento autoritario, la frivolidad, la corrupción. Todo esto seguirá siendo nuestro camino. La literatura no se detiene. No muere. No morirá. Porque la ilusión siempre está de nuestro lado.

Esta conferencia fue leída como discurso de apertura de las IV Jornadas de Literatura Brasileña, celebradas en la Universidad de Passo Fundo, Río Grande do Sul, en junio de 1991. Fue publicada en Puro Cuento (n° 30, septiembre de 1991).